

“de un grado mínimo de capacidad, no solamente no ejerza una acción perjudicial, sino que aun pueda hacer progresos conforme á la marcha indicada.”

Esto es esencial. Yo creo que no hay que pensar en avanzar un paso, en general, en la educación del pueblo, mientras no se hayan encontrado las formas de enseñanza que hacen del maestro, por lo menos hasta la conclusión de los estudios elementales, el simple instrumento mecánico de un método cuyos resultados deben nacer por la naturaleza de sus formas y no por la habilidad del que lo practica. Doy por sentado que un libro de estudio no sea bueno sino cuando puede ser usado tan bien por un maestro sin instrucción como por un maestro instruido. Esencialmente debe estar compuesto de tal suerte que el hombre instruido, y aun la madre, encuentre en él un guía y un auxilio suficiente para estar siempre un paso más adelante que el niño mismo en el desarrollo progresivo de los conocimientos á que se le quiere conducir. No se necesita más; y no podréis hacer más, por lo menos durante siglos aun, para la totalidad de los maestros de escuela. Mas se edifican castillos en el aire y se hace ostentación de ideas de razón y de independencia que no existen más que sobre el papel y que faltan, en realidad, más en nuestras salas de clases que en el taller del sastre y en el telar del tejedor. Sin embargo, en ninguna profesión se pagan más de las palabras que en la de maestro; y si se calcula cuánto tiempo hace ya que se pagan de esa ilusión, resalta la correspondencia de ese error con las causas de que él dimana.

Además se ha de alcanzar á este respecto: “Poder

“instruir igualmente á muchos niños á la vez, des-
“pertar la emulación y facilitar la comunicación
“mutua de los conocimientos adquiridos, entre los
“mismos alumnos; y évitár y acortar los rodeos que
“se han hecho hasta ahora para enriquecer la me-
“moria, y emplear otros procedimientos para ello;
“por ejemplo, la analogía de lo que se debe enseñar,
“el orden, la excitación de la atención, la recitación
“en alta voz y otros ejercicios.”

Hasta aquí *Fischer*. Toda esa carta muestra al hombre noble que rinde homenaje á la verdad, aun cuando ella aparezca en traje de noche y hasta rodeada de una sombra verdadera. En Stanz, la vista de mis niños lo había trasportado, y desde el día en que recibí la impresión que le hizo ese espectáculo, dedicóles á mis obras una verdadera atención.

Peró él murió antes de haber visto adquirir á mi ensayo el grado de madurez en la que habría podido descubrir más de lo que en realidad descubrió en él. Después de su muerte principió una nueva era para mí.

CARTA II.

Do me cansé pronto en Burgdorf, como en Stanz. Amigo, si tú no puedes levantar jamás sin auxilio una piedra, no lo ensayes tampoco ni un cuarto de hora, sin ese auxilio. Yo hice incomparablemen-

te más de lo que debía, y creían que yo debía hacer más de lo que hacía. Haciendo clases continuamente desde la mañana hasta la noche, mi pecho se dañó tanto que yo había llegado otra vez al peligro más inminente.

En esta crítica situación me encontraba cuando la muerte de Fischer puso en mis manos al maestro de escuela KRÜSI (1) por medio de quien conocí también á TÖBLER (2) y á BUSS (3); los que se me juntaron algunas semanas más tarde. Su asociación conmigo me salvó la vida y preservó á mi empresa de una muerte prematura, antes de que ella hubiese nacido. Entretanto el peligro para la segunda era aún tan grande que en los momentos que decidieron de su suerte, no me quedó otra cosa que materialmente, y desearía aún decir moralmente, arriesgarlo todo. Yo había sido llevado á un punto en que la realización de un sueño que devoró toda mi vida se convirtió en mí en una obra de la desesperación y me condujo á una disposición de espíritu y á una manera de obrar que, en sí misma y considerada económicamente, llevaba en su frente el sello de la demencia, cayendo por la violencia de mi situación y la duración eterna de mi desgracia y de mis sufrimientos, que tocaban el punto céntrico de mis esfuerzos, en la profundidad de una salvajez interior, en los momentos mismos en que principié á acercarme en realidad á mi objeto.

El auxilio que me prestan esos hombres en toda la extensión de mis designios, me devolverá á mí mismo económica y moralmente. La impresión que les hizo mi situación como también mi obra, y los re-

sultados de su asociación conmigo, son demasiado importantes en atención á mi método mismo y dan mucha luz para la naturaleza íntima de sus fundamentos psicológicos, para que yo pueda pasar en silencio el curso entero de su reunión conmigo.

Krüsi, á quien conocí primero, se ha ocupado en su juventud de asuntos muy diversos, y adquirió por ese medio una variedad de conocimientos prácticos, los que á menudo en las clases populares desarrollan los fundamentos de una educación intelectual más elevada y elevan á los hombres, cuando los han adquirido desde la niñez, á una utilidad más general y más amplia.

Apenas á los 12 y 13 años de edad, lo enviaba ya su padre, que poseía un pequeño negocio, á menudo con seis á ocho doblones (4), á algunas horas de distancia á comprar mercaderías, con lo que desempeñaba á la vez el oficio de mensajero y el de comisionista. En seguida se ocupaba además en tejer y en trabajos de jornalero. A los dieciocho años aceptó en Gaiss, su pueblo natal, el puesto de maestro de escuela, sin poseer la menor preparación. Él no conocía entonces, ni siquiera de nombre, las puntuaciones gramaticales más elementales, según lo dice él mismo; sobre lo demás no puede haber cuestión ninguna, pues no recibió nunca otra instrucción que la común de una escuela de aldea suiza, que se limitaba á la lectura, á la copia de modelos de escritura y á la recitación del catecismo y de otros libros por el estilo. Mas él amaba la sociedad de los niños y esperaba que ese puesto pudiese ser un medio de alcanzar la formación y conocimientos cuya falta

había sentido vivamente en su oficio de mensajero. Como le encargaban comprar ya productos destilados, ya preparados, ya sal de amoníaco, ya bórax y cien otras cosas cuyos nombres no había oído jamás en su vida; y no debiendo olvidar ningún encargo, por pequeño ó insignificante que fuese, y teniendo además que responder hasta del último ochavo, debió necesariamente conocer cuán ventajoso debería ser para todo niño el aprender en la escuela á escribir, contar, leer, toda clase de ejercicios intelectuales y aun el aprender á hablar, como él mismo reconocía entonces que debería haber aprendido para la práctica de su modesta profesión.

En las primeras semanas tenía ya hasta cien alumnos. Pero la tarea de ocupar convenientemente á todos esos niños, qué enseñarles y cómo mantenerlos en orden, era superior á sus fuerzas. Él no conocía hasta entonces otra manera de hacer clases que hacer deletrear, leer y aprender de memoria; el hacerlos recitar, por orden de número, y el castigarlos con la disciplina, cuando no habían aprendido la lección dada. Mas él sabía, sin embargo, por su propia experiencia, adquirida en la juventud, que con esa manera de hacer clases la mayor parte de los niños permanecen lo más del tiempo ociosos, y por esta misma causa están expuestos á cometer toda clase de necedades y de actos inmorales; que por consiguiente, de ese modo pierden el tiempo más precioso consagrado á su educación, y que las ventajas del aprendizaje no pueden sostener el equilibrio de los resultados que necesariamente debe producir una manera tal de hacer clases.

El párroco SCHIESS (5), que trabajaba activamente contra la antigua rutina de la enseñanza, le ayudó á Krüsi á hacer clases durante las ocho primeras semanas. Ellos dividieron, desde el principio, á los alumnos en tres secciones. Esta división y el empleo de nuevos libros de lectura que poco antes habían sido introducidos en la escuela, hicieron posible el ejercitar en el deletreo y en la lectura varios niños á la vez y el mantenerlos á todos más ocupados de lo que antes se podía conseguir.

También el párroco prestóle las obras escolares más necesarias para su educación y un buen modelo de escritura que él copió cientos de veces para asentar la mano; así estuvo pronto en estado de dar satisfacción á las exigencias principales de los padres de los niños. Mas esto no le satisfacía á él. Quería no sólo enseñar á sus alumnos á leer y á escribir, sino también formar su inteligencia.

El nuevo libro de lectura (6) contenía preceptos de religión en composiciones y versículos de la Biblia, nociones de física y de química, de historia natural, de geografía, de constitución del país, etc. En los ejercicios de lectura había visto Krüsi que el párroco dirigía algunas preguntas á los niños sobre cada pasaje que leían, con el fin de ver si también habían comprendido lo que habían leído. Krüsi ensayó lo mismo y llegó á conseguir hacerles familiar á la mayor parte de los niños el contenido del libro de lectura. Obtuvo ciertamente ese resultado porque él, como el buen HÜBNER (7), adaptó sus preguntas á las respuestas dadas ya en el libro y no esperaba ni exigía otra respuesta que la misma que se encon-

traba en el texto, antes de que fuese formulada la pregunta á la cual debía contestarse. Él obtuvo ese resultado seguramente porque no daba lugar en la catequización á ningún verdadero ejercicio de la inteligencia. Mas también debe notarse aquí que la enseñanza catequística (8) no era en su origen un ejercicio intelectual propiamente dicho. Ella consiste pura y simplemente en el análisis de frases complicadas, y considerada como un trabajo preparatorio destinado á esclarecer gradualmente las ideas, tiene el mérito de presentar aisladamente á la vista del niño cada una de las palabras y cada una de las proposiciones, de ponerlas en orden y así de asegurar mejor su comprensión. La enseñanza socrática, al contrario, sólo en nuestros días ha sido confundida con la enseñanza catequística que primitivamente se aplicaba sólo á materias religiosas.

El párroco presentaba, pues, como ejemplo á sus catecúmenos de más edad los niños catequizados por Krüsi. Pero en seguida debía Krüsi entrar efectivamente en la enseñanza mixta, socrática y catequística á la vez. Mas esta combinación en su naturaleza no es en realidad otra cosa que una cuadratura del círculo, que un rajador de leña trataría de resolver con el hacha en la mano sobre un banco de madera, y ello no es posible. El hombre inculto y superficial no sondea las profundidades de donde Sócrates sacaba espíritu y verdad; por eso es pues también natural que no produjese resultados esa tentativa. Le faltaba á él la base para interrogar, y á sus alumnos fondo para sus respuestas. Les faltaba asimismo un lenguaje para expresar lo que no sabían

y libros para ponerles siempre en la boca una respuesta precisa á la pregunta entendida ó no entendida.

Entretanto Krüsi no sentía aún la diferencia de esos dos procedimientos tan desiguales. El no sabía todavía que la verdadera enseñanza catequística, y sobre todo la catequización sobre ideas abstractas, fuera de la utilidad que puede haber en separar las palabras y en preparar la inteligencia de las formas analíticas, no es otra cosa que una repetición, como de papagayo, de sonidos incomprensibles; mas la enseñanza socrática es realmente impracticable con los niños, á los que les falta á la vez el fondo de los conocimientos preliminares y el medio exterior del conocimiento de la lengua. El no tenía pues razón en sus juicios sobre su mal éxito; se imaginaba que la falta estaba solamente en él, y juzgaba que todo buen maestro debe estar en estado de sacar, por medio de preguntas sobre toda especie de asuntos religiosos y morales, de los niños, respuestas justas y precisas.

El vivía justamente en un tiempo en que la enseñanza catequística estaba de moda, ó más bien en una época en que este grande arte de la enseñanza había sido desfigurado y envilecido por una mezcla de fórmulas capuchinas y escolásticas. Se soñaba en esa época en despertar de esa manera la inteligencia y en hacer maravillas de la nada; pero yo creo ahora que se principia á despertar de ese sueño.

Krüsi dormía aún profundamente ese sueño; pero también era arrullado profundamente por esa quimera, de lo contrario yo me admiraría si un niño

del Appenzell, por poco despierto que fuese, no hubiese notado por sí mismo que el azor y el águila mismos no quitan á las otras aves los huevos de los nidos cuando ellas aun no han puesto ninguno en ellos. El quería á todo empeño aprender un arte que le parecía esencial para su profesión. Y como á causa de la emigración de los habitantes del Appenzell (9), encontró entonces ocasión para juntarse á Fischer, se renovaron sus esperanzas sobre ese asunto. Fischer hizo también cuanto pudo para formar de él un maestro de escuela según sus ideas. Solamente, á mi juicio, él hizo preceder un poco precipitadamente el ensayo de elevarlo en las nubes de un arte superficial de catequizar, al trabajo de esclarecerle los fundamentos de las cosas sobre que debía catequizar.

Krüsi venera su memoria y no habla sino con respeto y gratitud de su bienhechor y amigo. Pero el amor á la verdad, que también me unió á mí al corazón de Fischer, exige que no deje en la oscuridad ninguna opinión y ninguna circunstancia, de ese asunto que contribuyó más ó menos á desarrollar en mí y en mis colaboradores los sentimientos y las ideas sobre los cuales estamos de acuerdo ahora. Por eso no puedo callar cómo Krüsi admiraba la facilidad con que Fischer tenía prontas una multitud de preguntas sobre toda especie de asuntos, y se forjaba la ilusión de llegar con el tiempo y aplicación un día á poder también interrogar mucho y con facilidad sobre cualquiera cuestión; sin embargo, mientras más tiempo trascurría menos podía él ocultarse á sí mismo que, si un seminario de pre-

ceptores fuese una cosa que debiese poner á cualquier maestro de escuela de aldea á tal altura en el arte de preguntar, un seminario tal podría ser una cosa arriesgada.

Cuanto más trabajaba con Fischer tanto más grande le parecía la montaña que estaba delante de él, y tanto menos sentía en sí la fuerza que él veía era necesaria para ascender á la cima. Pero como ya en los primeros días de su mansión aquí, me había oído hablar con Fischer sobre la educación é instrucción del pueblo y yo me había pronunciado resueltamente contra la enseñanza socrática de nuestros candidatos, declarando que no era partidario de dar antes de tiempo una madurez aparente al juicio de los niños sobre cualquier asunto, sino, por el contrario, de suspender ese juicio el tiempo que sea posible hasta que ellos hayan observado atentamente, bajo todas las faces y bajo muchas circunstancias, cada uno de los objetos sobre los cuales deben expresarse y hasta que se hayan familiarizado con las palabras que designan su naturaleza y sus propiedades, Krüsi sintió al punto que le faltaba precisamente eso mismo y que por consiguiente necesitaba la dirección que yo pensaba dar á mis niños.

En tanto que Fischer por su parte hacía todo lo posible por iniciarlo en varios ramos de las ciencias para prepararlo á que los enseñase, persuadíase Krüsi de día en día de que él no llegaría á nada por la vía de los libros, atendiendo á que le faltaban en todas partes las nociones más elementales sobre las cosas y sobre el lenguaje cuyo conocimiento previo más ó menos completo presuponían esos libros. Tam-

bién fué confirmado más y más en ese conocimiento de sí mismo tan feliz para él, al ver con sus propios ojos los resultados de volver á los niños á los primeros grados de los conocimientos humanos y mi paciente perseverancia para retenerlos en esos elementos. Esto modificó en él todas sus nociones sobre la educación y las ideas fundamentales que se había formado sobre el asunto. El comprendió entonces que todos los medios que yo empleaba tendían más bien á desarrollar la fuerza intensiva de los niños que á hacer producir resultados aislados á cada uno de esos medios y se convenció, por el efecto de ese principio en toda la extensión de mi manera de enseñar, de que son colocadas en los niños las bases de conocimientos y de progresos ulteriores que no pueden ser alcanzados de ningún otro modo.

Entretanto los proyectos de Fischer para establecer un seminario de maestros de escuela encontraron obstáculos. El fué llamado de nuevo al Ministerio de Ciencias; sin embargo, se resignó, pues, á esperar mejores tiempos para la fundación de su instituto normal y á dirigir mientras tanto, aun en su ausencia, las escuelas de Burgdorf. Estas debían ser reformadas, y tenían necesidad de ello; mas él no había podido realizar ni el principio de esa reforma con su asistencia personal y con el empleo de todas sus fuerzas y de todo su tiempo, y seguramente ello no había podido realizarse en su ausencia y en medio de ocupaciones heterogéneas. Empero la situación de Krüsi se había hecho más y más crítica con la partida de Fischer. Estando privado de su pre-

sencia y de su cooperación personal, se sentía de día en día menos capaz de hacer lo que Fischer esperaba de él. También poco tiempo después de la partida de Fischer, manifestóle á éste y á mí el deseo de unirse con sus niños á mi escuela. Pero por más necesidad que tuviese también de una ayuda que me faltaba, la rehusé entonces porque no quería disgustar á Fischer que perseveraba en su proyecto de fundar un seminario de maestros y que tenía grande apego á Krüsi. Mas poco después cayó enfermo y Krüsi, en una conversación que tuvo con él en los últimos momentos, le manifestó la necesidad de esa reunión. Un afectuoso movimiento afirmativo de cabeza fué la respuesta del moribundo. Fischer persiguió con ardor y con espíritu levantado el mismo fin que yo. Si él hubiese podido vivir y esperar la madurez de mis experiencias, nos habríamos ciertamente unido en todo.

Después de la muerte de Fischer propuse yo mismo á Krüsi el unir su escuela á la mía, y ambos nos vimos entonces sensiblemente aligerados en nuestra situación; pero, por otra parte, se agravaron no menos sensiblemente las dificultades para la ejecución de mi plan. Yo tenía ya en Burgdorf niños de diversas edades, de educación y costumbres diferentes; la llegada de niños de los cantones pequeños aumentó las dificultades tanto más cuanto que los últimos junto con diferencias semejantes, trajeron además á la escuela una libertad natural en pensar, sentir y hablar, que unida á las insinuaciones dirigidas contra mi método, hacía cada día más urgente la necesidad de organizar sólidamente mi siste-

011335

ma de enseñanza que debía mirarse aún como una mera prueba. Yo necesitaba en mi situación de un campo ilimitado para mis ensayos, y á cada momento los particulares hacían llegar á mí indicaciones sobre lo que debía hacer para enseñar á los niños que me enviaban. En un lugar en donde regularmente, desde generaciones, estaban habituados á contentarse con muy poco en materia de instrucción y de enseñanza, se exigía ahora de mí que mi método de enseñanza que abrazaba todos los fundamentos del saber humano, pero que también estaba calculado sobre una acción más temprana y sobre niños más pequeños, debía dar, sin embargo, grandes resultados de un modo general y sin reserva con niños endurecidos hasta los doce ó catorce años en la vida libre más inculta de las montañas y además hechos desconfiados contra el método de enseñanza. Eso naturalmente no sucedió y por ese resultado conocieron que mi método no valía nada. Lo confundían con una modificación simple en la enseñanza del abecedario y de la escritura. Mis propósitos de buscar en todos los ramos del arte y del saber humanos fundamentos sólidos y seguros, mis esfuerzos por fortificar de una manera sencilla y general la fuerza intelectual de los niños para cada arte y mi expectación tranquila y en apariencia indiferente de los efectos de los medios que debían gradualmente desarrollarse de sí mismos,—eran castillos en el aire. Nada presentían y nada veían de todo eso; por el contrario, allí donde yo formaba la fuerza intelectual no encontraban más que el vacío. Se decía: “los niños no aprenden á leer,” justamente

porque yo les enseñaba á leer bien, se decía: “ellos no aprenden á escribir,” precisamente porque yo les enseñaba á escribir bien, y por último, aun se decía: “ellos no aprenden á ser religiosos,” justamente porque yo hacía todo lo posible por quitarles del camino los primeros obstáculos contra la piedad que son colocados en la escuela, y principalmente porque contradecía que el aprendizaje de memoria, á manera de papagayo, del catecismo de Heidelberg fuese el método propio por el cual el Salvador del mundo haya determinado elevar á la especie humana á honrar á Dios y á adorarlo *en espíritu y en verdad*. Es cierto, lo he dicho sin miedo: Dios no es un dios á quien place la necedad y el error; Dios no es un dios á quien agradan la hipocresía y la charlatanería. Lo he dicho sin temor: el dirigir á los niños á que conciban ideas claras y el enseñarles á hablar, antes de que se les taladre en la memoria, para ejercitar su inteligencia, los dogmas de la religión positiva y sus puntos controvertibles nunca dilucidados, no son actos contra Dios ni contra la religión. Sin embargo, yo no puedo tomar á mal el error de esas gentes, que por poco no me hace sucumbir; sus intenciones eran buenas, y comprendo perfectamente que, en vista del charlatanismo de nuestro arte de educar, mis rudos esfuerzos por un método nuevo debían engañar á hombres que, como tantos otros, les gusta más ver un pez en un estanque que un lago lleno de carpas detrás de la montaña.

Entretanto yo seguía mi camino, y Krüsi se fortalecía más y más á mi lado.

Los puntos esenciales en los cuales llegó rápidamente á la convicción son, sobre todo, los siguientes:

- 1.º. Que por medio de una *nomenclatura* bien ordenada, grabada en la memoria hasta la indelebilidad, puede establecerse una base general para todas las especies de conocimientos. Tomando por guía esa nomenclatura, los niños y el maestro juntos, como también separadamente, pueden llegar poco á poco, pero con paso seguro, á adquirir nociones claras en todos los ramos de las ciencias.
- 2.º. Que por medio del ejercicio en el trazado de *líneas, ángulos y arcos*, como yo comencé entonces á hacerlo, se produce una firmeza en la intuición de todas las cosas y se coloca en la mano del niño una fuerza artificial cuyos resultados deben obrar decisivamente en el sentido de hacerles claro y gradualmente comprensible todo lo que caiga dentro del círculo de sus observaciones.
- 3.º. Que la práctica de enseñar á los niños los principios del cálculo por medio de objetos reales, ó por lo menos, por medio de puntos que los representen, debe establecer seguramente los fundamentos de la aritmética en toda su extensión y preservar los progresos ulteriores del error y de la confusión.
- 4.º. Las descripciones sobre el andar, estar de pie, acostado, sentado, etc., aprendidas de memoria por los niños, le mostraron la conexión de los principios elementales con el fin que yo trato de alcanzar, por medio de ellas, con el esclare-

cimiento progresivo de las ideas. El sintió pronto que, *haciéndoles describir á los niños objetos que les son tan claros que la experiencia no puede contribuir en nada para hacerlos más claros*, por una parte se les desvía así de la pretensión de querer describir lo que ellos no conocen; mas, por otra parte, ellos tienen que adquirir la capacidad de describir lo que conocen realmente, capacidad que los pone en estado de hacer eso en todo el círculo de sus nociones intuitivas con unidad, precisión, concisión y seguridad.

- 5.º. Algunas palabras que un día pronuncié sobre la influencia de mi método contra las preocupaciones, hicieron en él una grande impresión. Yo dije lo siguiente: La verdad que dimana de la intuición hace superfluos el lenguaje fatigoso y los circunloquios de toda especie que obran poco más ó menos contra el error y las preocupaciones como el repique de las campanas contra el peligro de la tempestad, y porque una verdad tal desarrolla en el hombre una fuerza que cierra por muchos lados su alma á la influencia del error y de las preocupaciones, y á estas preocupaciones, cuando llegan sin embargo á sus oídos, trasmitidas por la eterna charla de nuestra generación, las deja tan aisladas en el espíritu que no pueden causar en él los mismos efectos que en el común de los mortales de nuestros tiempos, á los cuales se les arrojan en su imaginación la verdad y el error, ambos sin intuición y como simples pa-